

# Vivir sin violencia: reflexiones en torno a un problema

Denisse Delgado Vázquez

Estudiante de Sociología. Universidad de La Habana.  
[jorgedel@infomed.sld.cu](mailto:jorgedel@infomed.sld.cu)

"Es increíble cómo se te mete por dentro, como por la sangre, y tú te piensas que no te está pasando nada, tú piensas que lo que te está pasando es normal, que toda mujer tiene que pasar por eso, que el hombre le dé una galleta", expresa Yeni Fernández, mujer de treinta años.<sup>1</sup>



Empujones, bofetadas, puñetazos, quemaduras, puñaladas, pateaduras, jalones de cabello, violaciones, lesiones en los genitales y burlas respecto al cuerpo, son algunas de las agresiones físicas y/o sexuales experimentadas por las mujeres víctimas del abuso de poder



de los hombres. Estas prácticas, a pesar de provocar lesiones graves para el funcionamiento físico-motor de la abusada, vienen acompañadas de repercusiones más profundas para su salud psíquica y mental.

Podemos encontrar violencia en su diversidad de formas y desde múltiples espacios. Los medios de transporte colectivo, por ejemplo, son escenario indiscutible de historias de violencia cada día, desde el conductor que grita a los pasajeros: "Un empujón y caminen; vamos, empujando al de adelante"; hasta un pasajero que arremete física y verbalmente contra su pareja, son actores que producen y reproducen el fenómeno. Pero seguramente muchos podrían identificar la agresión física del hombre hacia su pareja como un acto violento, pero es probable que pocos reconozcan que los gritos del conductor también lo son, así como el mensaje que trasmite.

Y es que uno de los problemas actuales es la invisibilidad con que se presenta el fenómeno. Por lo general, muchas personas no son capaces de identificar que las agresiones psicológicas son parte de este. La idea que predomina en el imaginario popular es que, para que exista violencia, debe dejar huellas aparentes (marcas en la piel y deformaciones) y dolores físicos y, por tanto, todo lo que esté fuera de esos efectos queda, a su vez, lejos de los marcos de lo comprendido como violento. Sin embargo, conocemos que el daño que provoca la violencia psicológica suele ser más duradero y los espacios en los que se manifiesta, más variados.

El irrespeto al espacio personal, las burlas o insultos, las ironías, la indiferencia, los silencios prolongados, la desvalorización de opiniones o méritos, las amenazas y chantajes, las intimidaciones y los gritos, son algunas agresiones que limitan la imagen que tenemos sobre nuestras cualidades y capacidades, y dificultan los pro-

yectos de vida y de autorrealización. Con solo prestar atención a las actitudes de quienes nos rodean en las calles, centros de trabajo o de estudio y otras instituciones; con solo observar las relaciones de los vecinos y, por qué no, de nuestras propias relaciones, podemos percibir cuán violentas suelen ser las prácticas que, como actores sociales, construimos para comunicarnos dentro de las redes sociales a las cuales pertenecemos.

Kenia Ortiz Osario, actriz de 58 años, comparte sus experiencias:

Nadie puede imaginarse a cuántas cosas fui sometida en nombre del amor [...] Me prohibía ponerme determinadas blusas, determinados vestidos, me escogía mis peinados, mis zapatos; escogía a mis amigos, mis libros, a las personas que iban a visitarme [...] Un día llegué a la casa y todo lo había botado: mis cartas privadas, mis fotos, mis documentos, mis cosas más sagradas, mis poemas, mis libros más importantes.<sup>2</sup>



Ese querer controlar a la mujer y lograrlo, esa supremacía del hombre sobre ella, esa "dominación masculina",<sup>3</sup> sucede porque en la base del sistema social subyace el enfoque androcéntrico, que concibe al hombre como centro de la sociedad y, por tanto, le otorga autoridad. Como resultado de un conjunto de construcciones sociales y culturales, características de una sociedad patriarcal, se ha legitimado su poder hegemónico y esto ha provocado desequilibrios estructurales tanto en los espacios microsociales como en los macrosociales. Y es que la violencia de género en toda su magnitud, ya sea física, sexual, psicológica, económica, política, intelectual, es el resultado de un conocimiento aprehendido a partir de una relación enseñanza-aprendizaje que proviene de la propia cultura; no es algo "natural" aunque haya sido naturalizada; no nos llega a través de la

sangre, el ADN o los genes, como algunas personas han llegado a pensar.

Los procesos de socialización, en los cuales participa el ser humano desde su nacimiento, han contribuido a producir y reproducir ese sistema de dominación-subordinación que separa a unos y otras en una lógica binaria de: dominante/sometida, fuerte/débil, malo/buena, público/privado-doméstico.<sup>4</sup> Esto significa que mientras sigamos separándolo todo en pares confrontados, continuarán existiendo injusticias e inequidades de género, porque hay algo que hemos aprendido y que justifica que sea así. A través de la internalización, externalización y objetivación de valores, normas, conocimientos en general, habilidades, creencias y cultura en fin, han sido incorporadas estas desigualdades como "normales" a nuestro "sentido común". La familia y la escuela han constituido instituciones fundamentales en la trasmisión del aprendizaje de los patrones culturales androcéntricos. Luego, la comunidad, el trabajo, las parejas sexuales, las amistades, el currículo oculto y los medios de difusión masiva, entre otros, han contribuido a su perpetuación en el tiempo, de manera inconsciente o no.

¿Cuán difícil puede resultar para una mujer abusada salir del círculo vicioso que entraña la propia violencia? La baja autoestima que provoca, la depresión, la ansiedad, el estrés y el miedo al fracaso conducen a la falta de iniciativa de muchas mujeres para exigir sus derechos como seres humanos. La vergüenza que pudiera provocarles reconocer públicamente el maltrato al cual son sometidas también constituye una razón que las ata a esta dura realidad. Asimismo, los preceptos de la sociedad patriarcal les han otorgado la responsabilidad de mantener el equilibrio del hogar, por lo cual muchas de las que llegan a formar familia sienten temor de destruirla y separar a los hijos de su padre.<sup>5</sup> Dicho sea de paso, que, en lo referente a este aspecto, resulta pertinente señalar que los propios modelos ideales creados por el sistema patriarcal para las mujeres han sido violentos en tanto ejercen una presión sobre ellas respecto a las formas "apropiadas" de actuar y comportarse en los distintos espacios.

De lo anteriormente expuesto se desprende la necesidad de cuestionarnos, con mayor seriedad, de dónde proviene la violencia, así como cuáles son las causas de sus nuevas formas de manifestación. Debemos ser capaces de identificar dónde se encuentra la raíz de este fenómeno que invisibiliza sus síntomas ante nuestros



ojos. De esta forma podremos trabajar responsablemente en la deconstrucción de mitos y prácticas sexistas reproducidas, de generación en generación, en nuestra sociedad.

Hagamos aquí un llamado para fomentar la capacitación grupal y el trabajo en las comunidades. Promovamos, desde nuestras posiciones, el diálogo y la negociación. Trabajemos con los prejuicios y estereotipos que cada día discriminan más a las personas. Incentivemos el respeto a las diferencias que presentemos, porque vivimos en una sociedad culturalmente heterogénea. Recorramos juntos, pues, el camino, aunque sea angosto, en la conformación de una verdadera cultura de paz sin que ello implique más violencia.

<sup>1</sup> Tomado de la entrevista efectuada por Lizette Vila Espina, realizadora del documental *La deseada justicia*.

<sup>2</sup> Palabras textuales extraídas del documental *La deseada justicia*, citado.

<sup>3</sup> Este concepto es ofrecido por el eminente sociólogo contemporáneo Pierre Bourdieu (1930-2002) en su texto "La dominación masculina", disponible en formato digital en la red del Departamento de Sociología de la Universidad de La Habana. El autor explica que la dominación masculina se basa en una relación arbitraria de dominio de los hombres sobre las mujeres, inscrita en la realidad en calidad de estructura fundamental del orden social.

<sup>4</sup> Véase, Victoria Sendón de León, "Retos del feminismo ante el siglo XXI", en formato digital, Departamento de Sociología de la Universidad de La Habana, 2009, p. 1.

<sup>5</sup> Véase Clotilde Proveyer Cervantes, "La violencia contra la mujer en las relaciones de pareja. Consideraciones para su estudio", en *Selección de lecturas de sociología y política social de la familia*, compilación de textos, Editorial Félix Varela, La Habana, 2005, pp. 153-154. ■